

BIBLIOTECA
del HOGAR
CRISTIANO

JOYAS DE LOS TESTIMONIOS

- TOMO 3 -



ELENA G. de WHITE

Joyas de los *Testimonios*

Tomo 3

Elena G. de White



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.
Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Prefacio

Preparación para la crisis final

Observancia del sábado

Dar a Dios lo suyo

Cristo en toda la Biblia

Nuestra actitud hacia las autoridades civiles

Iglesia y ministerio

Actividades misioneras

Ayuda para los campos misioneros

El derecho de la redención

Trabajo para los miembros de iglesia

Obra en las ciudades

Culto de familia

Responsabilidad de los esposos

Conocimiento de los principios de la salud

Alta vocación de los empleados de nuestros sanatorios

Lejos de las ciudades

Directivas a seguir al edificar

Centralización

La señal de nuestra orden

Observancia del sábadó en nuestros restaurantes

Productos alimenticios sanos

Educar a la gente

Plan de Dios para nuestras casas editoras

Impresos de nuestra denominación

Trabajos comerciales

Casas editoras en campos misioneros

Relación iglesia-casa editora

Carácter sagrado de los instrumentos de Dios

Cooperación

Dominio propio y fidelidad

Peligro de las malas lecturas

Fe y valor

Reuniones de Junta

Disciplina eclesiástica

La gran comisión

Promesa de enviar al Espíritu

La obra en casa y en el extranjero

La obra en Europa

Una visión del conflicto

Advertencia descuidada

Sello de Dios y marca de la bestia

El Portador de nuestras cargas

Estudio de la Palabra de Dios

Valor de la Palabra de Dios
Liderazgo de la Obra
Uno con Cristo en Dios
Trabajo de los miembros laicos
¿Seremos hallados faltos?
Rumbo a la patria
Leyes de la naturaleza
Un Dios personal
Peligros del conocimiento especulativo
La crisis final
Llamados a ser testigos
Obra misionera de la iglesia
Necesidad de esfuerzo ferviente
Nuestras publicaciones
Hacer circular las publicaciones
Visión más amplia
Instrucciones para ganar almas en los congresos
Condiciones en las ciudades
Una obra actual
Llamado a los miembros de iglesia
Fidelidad en practicar la reforma pro salud
Llamado a los médicos misioneros evangelistas
Escuela de Médicos Evangelistas de Loma Linda
Unidad entre diferentes nacionalidades

Unidad en Jesucristo

Cristo y las nacionalidades

Un tiempo de prueba delante de nosotros

Frente a la ley dominical

Beneficencia

El espíritu de independencia

Distribución de responsabilidades

Humildad y fe

Liderazgo bien equilibrado

“Soy mozo pequeño”

Recompensa del esfuerzo ferviente

Ánimo en el Señor

Confiadas palabras de despedida

Joyas de los *Testimonios*

Tomo 3

Elena G. de White

Título del original: *Testimony Treasures. Volume III*, Pacific Press Publishing Association, Boise, ID, E.U.A.

Dirección: Aldo D. Orrego

Traductor: Anónimo

Diseño del interior: Carlos Schefer

Diseño de tapa: Romina Genski

Ilustración de tapa: Propiedad Shutterstock

Primera edición, e - Book

MMXX

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Es propiedad. © Ellen G. White Estate (1949). © ACES (2015).

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-701-344-3 (Obra completa)

ISBN 978-987-798-175-9 (Tomo 3)

White, Elena G. de

Joyas de los testimonios / Elena G. de White / Dirigido por Aldo Dante Orrego. - 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: Online

Traducción anónima

ISBN 978-987-798-175-9

1. Cristianismo. I. Orrego, Aldo Dante, dir. II. Título.

CDD 230

Publicado el 15 de mayo de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana
(Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Prefacio

Este tercer tomo de *Joyas de los Testimonios* es la coronación del juego de tres libros destinado a transmitir estos preciosos consejos de los *Testimonios* a los adventistas del séptimo día en derredor del mundo. Los artículos que forman este tomo fueron escritos durante la década que comienza en el 1900, el cual fue un período de desarrollo equilibrado y sólido para la obra de la iglesia, obra que ya había alcanzado su magnitud mundial.

Al final de este libro encontrará los últimos mensajes formalmente dirigidos a la iglesia y trazados por la pluma de Elena de White. Aunque esos mensajes fueron dados algunos años después que se publicara el tomo 9 de los *Testimonios*, es muy apropiado que sus declaraciones significativas se incluyan aquí.

En la composición de este tomo, como en la de los que le anteceden, se siguió el orden cronológico, y con el fin de ayudar al lector a reconocerlo se anotó la fuente de donde provino y la fecha en que se publicó por primera vez el artículo.

Los mensajes contenidos aquí son de gran importancia para la iglesia remanente. Que los consejos dados a la iglesia contenidos en estos tres tomos sean el medio para conducir a los adventistas del séptimo día alrededor del mundo a una experiencia más rica en la gracia, a una devoción más profunda y a un esfuerzo más ferviente en la proclamación del mensaje adventista al mundo, es el deseo sincero de los editores y de los

FIDEICOMISARIOS de las Publicaciones de Elena G. de White

Preparación para la crisis final¹

La gran crisis está por sobrecogernos. Para hacer frente a sus pruebas y tentaciones, para cumplir sus deberes, se necesitará una fe perseverante. Pero podemos triunfar gloriosamente; nadie que vele, ore y crea será entrampado por el enemigo.

En el tiempo de prueba que nos espera, Dios pondrá garantía de seguridad sobre todos aquellos que hayan guardado la palabra de su paciencia. Cristo dirá a sus fieles: “Anda, pueblo mío, éntrate en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la ira” (Isa. 26:20). El León de Judá, tan temible para los que rechazan su gracia, será el Cordero de Dios para los obedientes y fieles. La columna de nube que significa ira y terror para el transgresor de la ley de Dios, será luz, misericordia y liberación para los que hayan guardado sus mandamientos. El fuerte brazo que hiera a los rebeldes, será fuerte para librar a los leales. Cada fiel será ciertamente recogido. “Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán sus escogidos de los cuatro vientos, de un cabo del cielo hasta el otro” [Mat. 24:31].

Hermanos, ustedes a quienes han sido reveladas las verdades de la Palabra de Dios, ¿qué papel desempeñaran en las escenas finales de la historia de este mundo? ¿Comprenden estas solemnes realidades? ¿Se percatan de la gran obra de preparación que se está realizando en el cielo y en la tierra? Presten atención a las cosas que están escritas en las profecías todos los que han recibido la luz y han tenido oportunidad de leerlas y oírlas, “porque el tiempo está cerca” [Apoc. 1:3]. Nadie juegue ahora con el pecado, fuente de toda desgracia en nuestro mundo. Nadie permanezca ya en letargo y en el estupor de la indiferencia,

ni deje que el destino de su alma dependa de una incertidumbre. Asegúrense de que están plenamente de parte del Señor. Pregúntense con corazones sinceros y labios temblorosos: “¿Quién podrá subsistir?” En estas últimas preciosas horas del tiempo de gracia, ¿han estado colocando el mejor material posible en el edificio de su carácter? ¿Han estado purificando vuestras almas de toda mancha? ¿Han seguido la luz? ¿Han hecho obras correspondientes a su profesión de fe?

¿Obra en ustedes la gracia enternecedora y subyugadora de Dios? ¿Tienen un corazón que pueda sentir, ojos que puedan ver, oídos que puedan oír? ¿Habrá sido vano lo que la verdad eterna declara concerniente a las naciones de la tierra? Se hallan bajo la condenación, preparándose para los juicios de Dios; y en este día, cargado de resultados eternos, el pueblo escogido para ser el depositario de una verdad trascendental debiera permanecer en Cristo. ¿Dejan que vuestra luz brille para iluminar a las naciones que perecen en sus pecados? ¿Comprendan que están defendiendo los mandamientos de Dios delante de aquellos que los pisotean?

Es posible ser un creyente parcial y formalista, y sin embargo ser hallado falto y perder la vida eterna. Es posible practicar algunas de las órdenes bíblicas y ser considerado como cristiano, y sin embargo perecer por carecer de las cualidades esenciales para el carácter cristiano. Si descuidan o tratan con indiferencia las amonestaciones que Dios ha dado, si albergan o excusan el pecado, están sellando el destino de su alma. Serán pesados en la balanza, y hallados faltos. Les serán retirados para siempre la gracia, la paz y el perdón; Jesús habrá pasado para nunca más estar al alcance de sus oraciones y súplicas. Mientras dura la misericordia, mientras el Salvador sigue intercediendo, hagamos una obra cabal para la eternidad.

El regreso de Cristo a nuestro mundo no se demorará mucho. Sea esta la nota tónica de todo mensaje.

Es necesario presentar a menudo a la gente la bienaventurada esperanza de la segunda venida de Cristo con sus solemnes realidades. Esperar la pronta aparición de nuestro Señor nos inducirá a considerar las cosas terrenales como nada y vacías.

Pronto se ha de pelear la batalla de Armagedón. Aquel sobre cuya vestidura está escrito el nombre “Rey de reyes y Señor de señores” encabezará pronto los ejércitos del cielo.

No pueden ya decir los siervos del Señor, como el profeta Daniel: “El tiempo fijado era largo” (Dan. 10:1). Falta ahora muy poco tiempo para que los testigos de Dios hayan cumplido su obra de preparar el camino del Señor.

Hemos de poner a un lado nuestros planes estrechos y egoístas, recordando que se nos ha encargado una obra de la mayor magnitud y de la más alta importancia. Al hacer esta obra estamos pregonando los mensajes del primer ángel, del segundo y del tercero, y preparando así la llegada de aquel otro ángel del cielo que ha de iluminar la tierra con su gloria.

El día del Señor se está acercando furtivamente; pero los que se llaman grandes y sabios no conocen las señales de la venida de Cristo y del fin del mundo. Abunda la iniquidad y el amor de muchos se ha enfriado.

Miles y millares, sí, millones y millones hacen ahora su decisión para la vida eterna o la muerte eterna. El hombre que está completamente absorbido por su contaduría, el que halla placer ante la mesa de juego, el que se deleita en satisfacer el apetito pervertido, el amador de diversiones, los que frecuentan el teatro y el salón de baile, no tienen en cuenta la eternidad. Toda la preocupación de su vida es: ¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos? No se hallan en la procesión que avanza hacia el cielo. Son conducidos por el gran apóstata, y con él serán destruidos.

A menos que comprendamos la importancia de los momentos que pasan rápidamente a la eternidad, y nos preparemos para subsistir en el gran día de Dios, seremos mayordomos infieles. El centinela debe saber qué hora de la noche es. Todo está hoy revestido de una solemnidad que deben comprender todos los que creen la verdad para este tiempo. Deben actuar con referencia al día de Dios. Los juicios de Dios están por caer sobre el mundo, y necesitamos prepararnos para ese gran día.

Nuestro tiempo es precioso. Nos quedan tan sólo muy pocos días de gracia en los cuales prepararnos para la vida futura e inmortal. No tenemos tiempo que gastar en movimientos desordenados. Debemos temer la costumbre de leer superficialmente la Palabra de Dios.

Es tan cierto ahora como cuando Cristo se hallaba en la tierra que toda penetración del evangelio en el dominio del enemigo arrostra la fiera oposición de sus vastos ejércitos. El conflicto que está por sobrecogernos será el más terrible

que se haya presenciado jamás. Pero aunque Satanás se nos presente como guerrero poderoso y armado, su derrota será completa, y perecerá con él todo aquel que se le una al preferir la apostasía a la lealtad.

El Espíritu refrenador de Dios se está retirando ahora mismo del mundo. Los huracanes, las tormentas, las tempestades, los incendios y las inundaciones, los desastres por tierra y mar, se siguen en rápida sucesión. La ciencia procura explicar todo esto. Menudean en derredor nuestro las señales que nos dicen que se acerca el Hijo de Dios, pero son atribuidas a cualquier causa menos la verdadera. Los hombres no pueden discernir a los ángeles que como centinelas refrenan los cuatro vientos para que no soplen hasta que estén sellados los siervos de Dios; pero cuando Dios ordene a sus ángeles que suelten los vientos, habrá una escena de contienda que ninguna pluma puede describir.

A los que son indiferentes en este tiempo, Cristo dirige esta amonestación: “Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Apoc. 3:16). La figura empleada al decir que los vomitará de su boca, significa que no puede ofrecer a Dios sus oraciones o sus expresiones de amor. No puede apoyar sus enseñanzas de su Palabra ni sus obra espiritual. No puede presentar sus ejercicios religiosos con la petición de que se les conceda gracia.

Si pudiese descorrerse el telón, y pudiesen discernir los propósitos de Dios y los juicios que están por caer sobre un mundo condenado, si pudiesen ver sus propia actitud, temerían y temblarían por sus propias almas y por las almas

de sus semejantes. Harían ascender al cielo fervientes oraciones con corazón angustiado. Llorarían entre el pórtico y el altar, confesando su ceguera espiritual y apostasía.

[1](#) *Testimonies for the Church* 6:404-408 (1900).

Observancia del sábado²

La observancia del sábado entraña grandes bendiciones, y Dios desea que el sábado sea para nosotros un día de gozo. La institución del sábado fue hecha con gozo. Dios miró con satisfacción la obra de sus manos. Declaró que todo lo que había hecho era “bueno en gran manera” (Gén. 1:31). El cielo y la tierra se llenaron de regocijo. “Las estrellas todas del alba alababan, y se regocijaban todos los hijos de Dios” (Job 38:7). Aunque el pecado entró en el mundo para mancillar su obra perfecta, Dios sigue dándonos el sábado como testimonio de que un Ser omnipotente, infinito en bondad y misericordia, creó todas las cosas. Nuestro Padre celestial desea, por medio de la observancia del sábado, conservar entre los hombres el conocimiento de sí mismo. Desea que el sábado dirija nuestra mente a él como el verdadero Dios viviente, y que por conocerle tengamos vida y paz.

Cuando el Señor liberó a su pueblo Israel de Egipto y le confió su ley, le enseñó que por la observancia del sábado debía distinguirse de los idólatras. Así se crearía una distinción entre los que reconocían la soberanía de Dios y los que se negaban a aceptarle como su Creador y Rey. “Señal es para siempre entre mí y los hijos de Israel”, dijo el Señor. “Guardarán, pues, el sábado los hijos de Israel: celebrándolo por sus edades por pacto perpetuo” (Éxo. 31:17, 16).

Así como el sábado fue la señal que distinguía a Israel cuando salió de Egipto para entrar en la Canaán terrenal, así también es la señal que ahora distingue al pueblo de Dios cuando sale del mundo para entrar en el reposo celestial. El sábado es una señal de la relación que existe entre Dios y su pueblo, una señal de que este honra la ley

de su Creador. Hace distinción entre los súbditos leales y los transgresores.

Desde la columna de nube, Cristo declaró acerca del sábado: “Con todo eso vosotros guardaréis mis sábados: porque es señal entre mí y vosotros por vuestras edades, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico” (Éxo. 31:13). El sábado que fue dado al mundo como señal de que Dios es el Creador, es también la señal de que es el Santificador. El poder que creó todas las cosas es el poder que vuelve a crear el alma a su semejanza. Para quienes lo santifican, el sábado es una señal de santificación. La verdadera santificación es armonía con Dios, unidad con él en carácter. Se recibe obedeciendo a los principios que son el trasunto de su carácter. Y el sábado es la señal de obediencia. El que obedece de corazón el cuarto mandamiento, obedecerá toda la ley. Queda santificado por la obediencia.

A nosotros, como a Israel, nos es dado el sábado “por pacto perpetuo”. Para los que reverencian el santo día, el sábado es una señal de que Dios los reconoce como su pueblo escogido. Es una garantía de que cumplirá su pacto en su favor. Cada alma que acepta la señal del gobierno de Dios, se coloca bajo el pacto divino y eterno. Se vincula con la cadena áurea de la obediencia, de la cual cada eslabón es una promesa.

De los diez mandamientos, sólo el cuarto contiene el sello del gran Legislador, Creador del cielo y de la tierra. Los que obedecen este mandamiento toman sobre sí su nombre, y son tuyas todas las bendiciones que entraña. “Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Habla a Aarón y a sus hijos, y diles: Así bendeciréis a los hijos de Israel, diciéndoles: Jehová te bendiga, y te guarde: haga resplandecer Jehová su rostro sobre ti, y haya de ti misericordia: Jehová alce a ti

su rostro, y ponga en ti paz. Y pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré” (Núm. 6:22-27).

Por medio de Moisés fue dada también la promesa: “Confirmarte ha Jehová por pueblo suyo santo, como te ha jurado, cuando guardares los mandamientos de Jehová tu Dios, y anduvieres en sus caminos. Y verán todos los pueblos de la tierra que el nombre de Jehová es llamado sobre ti... Y te pondrá Jehová por cabeza y no por cola: y estarás encima solamente, y no estarás debajo; cuando obedecieres a los mandamientos de Jehová tu Dios, que yo te ordeno hoy, para que los guardes y cumplas” (Deut. 28:9-13).

El salmista, hablando por el Espíritu Santo, dice:

“Venid, celebremos alegremente a Jehová: cantemos con júbilo a la roca de nuestra salud... Porque Jehová es Dios grande: y Rey grande sobre todos los dioses. Porque en su mano están las profundidades de la tierra, y las alturas de los montes son suyas. Suya también la mar, pues él la hizo; y sus manos formaron la seca. Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro hacedor. Porque él es nuestro Dios”. “Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos; pueblo suyo somos, y ovejas de su prado” (Sal. 95:1-7; 100:3).

Estas promesas dadas a Israel son también para el pueblo de Dios hoy. Son los mensajes que el sábado nos trae.

Reforma en la observancia del sábado

El sábado es un broche de oro que une a Dios y su pueblo. Pero el mandamiento del sábado ha sido violado. El día santo de Dios ha sido profanado. El sábado ha sido sacado de su lugar por el hombre de pecado, y se ha ensalzado en su lugar un día de trabajo común. Se ha hecho una brecha

en la ley, y esta brecha ha de ser reparada. El sábado debe ser ensalzado a la posición que merece como día de reposo de Dios. En el capítulo 58 de Isaías, se bosqueja la obra que el pueblo de Dios ha de hacer. Debe ensalzar la ley y hacerla honorable, edificar en los antiguos desiertos y levantar los fundamentos de muchas generaciones. A los que hagan esta obra, Dios dice: “Serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar. Si retrajeres del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y al sábado llamares delicias, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no haciendo tus caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus palabras: entonces te deleitarás en Jehová; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre: porque la boca de Jehová lo ha hablado” (vers. 12-14).

La cuestión del sábado será el punto culminante del gran conflicto final en el cual todo el mundo tomará parte. Los hombres han honrado los principios de Satanás por encima de los principios que rigen los cielos. Han aceptado el falso día de descanso que Satanás ha exaltado como señal de su autoridad. Pero Dios ha puesto su sello sobre su requerimiento real. Ambos días de reposo llevan el nombre de su autor, una marca imborrable que demuestra la autoridad de cada uno. Es nuestra obra inducir a la gente a comprender esto. Debemos mostrarles que es de consecuencia vital llevar la marca del reino de Dios o la marca de la rebelión, porque se reconocen súbditos del reino cuya marca llevan. Dios nos ha llamado a enarbolar el estandarte de su sábado pisoteado. ¡Cuán importante es, pues, que nuestro ejemplo sea correcto en la observancia del sábado!

Al establecer nuevas iglesias, los ministros deben dar instrucción cuidadosa en cuanto a la debida observancia del sábado. Debemos precavernos, no sea que las prácticas

flojas que prevalecen entre los observadores del domingo sean seguidas por aquellos que profesan observar el santo día de reposo de Dios. La línea de demarcación debe trazarse clara y distinta entre los que llevan la marca del reino de Dios y los que llevan la señal del reino de la rebelión.

El sábado tiene un carácter mucho más sagrado que el que le atribuyen muchos de los que profesan observarlo. El Señor ha sido grandemente deshonrado por aquellos que no han guardado el sábado de acuerdo con el mandamiento, en la letra y en el espíritu. Él pide una reforma en la observancia del sábado.

Preparación para el sábado

Al mismo principio del cuarto mandamiento, el Señor dijo: “Acuérdate”. Sabía que entre la multitud de cuidados y perplejidades, el hombre se vería tentado a excusarse de satisfacer todo lo requerido por la ley, o se olvidaría de su importancia sagrada. Por lo tanto dijo: “Acordarte has del día del reposo, para santificarlo” (Éxo. 20:8).

Durante toda la semana debemos recordar el sábado y hacer preparativos para guardarlo según el mandamiento. No sólo debemos observar el sábado en forma legal. Debemos comprender su importancia espiritual sobre todas las acciones de nuestra vida. Todos los que consideren el sábado como una señal entre ellos y Dios y demuestren que Dios es quien los santifica, representarán los principios de su gobierno. Pondrán diariamente en práctica las leyes de su reino. Diariamente rogarán que la santificación del sábado descansa sobre ellos. Cada día tendrán el compañerismo de Cristo y ejemplificarán la perfección de su carácter. Cada día su luz brillará para los demás en sus buenas obras.

En todo lo que pertenece al éxito de la obra de Dios, las primeras victorias se han de ganar en el hogar. Allí debe empezar la preparación para el sábado. Recuerden los padres durante toda la semana que su hogar ha de ser una escuela en la cual sus hijos se prepararán para los atrios celestiales. Sean correctas sus palabras. No escapen de sus labios expresiones que sus hijos no debieran oír. Mantengan su espíritu libre de irritación. Padres, vivan durante la semana como a la vista de un Dios santo, que les ha dado hijos para que los preparen para él. Eduquen así la pequeña iglesia que hay en su hogar, con el fin de que el sábado todos puedan estar preparados para adorar en el santuario del Señor. Presenten cada mañana y noche sus hijos a Dios como su heredad comprada con sangre. Enséñenles que es su más alto deber y privilegio amar y servir a Dios.

Los padres deben ser escrupulosos y hacer del culto de Dios una lección objetiva para sus hijos. Deben tener con frecuencia en los labios pasajes de la Escritura, especialmente los que preparan el corazón para el servicio religioso. Bien podrían repetirse a menudo las preciosas palabras: “Alma mía, en Dios solamente reposa; porque de él es mi esperanza” (Sal. 62:5).

Cuando el sábado se recuerde así, no se permitirá que lo temporal usurpe lo que pertenece a lo espiritual. Ningún deber que incumbe a los seis días hábiles será dejado para el sábado. Durante la semana nuestras energías no se agotarán de tal manera en el trabajo temporal que, en el día en que el Señor descansó y fue refrigerado, estemos demasiado cansados para dedicarnos a su servicio.

Aunque deben hacerse preparativos para el sábado durante toda la semana, el viernes es un día especial de preparación. Por medio de Moisés, el Señor dijo a los hijos de Israel: “Mañana es el santo sábado, el reposo de Jehová:

lo que hubiereis de cocer, cocedlo hoy, y lo que hubiereis de cocinar, cocinadlo; y todo lo que os sobrare, guardadlo para mañana". "Derramábase el pueblo, y recogían [el maná], y molían en molinos, o majaban en morteros, y lo cocían en caldera, o hacían de él tortas" (Éxo. 16:23; Núm. 11:8). Había algo que hacer para preparar el pan enviado por el cielo a los hijos de Israel. El Señor les dijo que esta obra debía hacerse en viernes, día de preparación. Esto era una prueba para ellos. Dios deseaba ver si querían santificar el sábado o no.

Estas indicaciones de los labios de Jehová son para nuestra instrucción. La Biblia es una guía perfecta, y si se estudian sus páginas con oración y corazón dispuesto a comprender, nadie necesita errar acerca de esta cuestión.

Muchos necesitan instrucción en cuanto a cómo deben presentarse en la asamblea para adorar en sábado. No han de entrar en la presencia de Dios con las ropas que llevan comúnmente durante la semana. Todos deben tener un traje especial para el sábado, para llevarlo cuando asistan al culto en la casa de Dios. Aunque no debemos conformarnos a las modas mundanales, no debemos ser indiferentes acerca de nuestra apariencia exterior. Debemos ser aseados y estar bien arreglados, aunque sin adornos. Los hijos de Dios deben ser limpios en su interior y exterior.

Termínense el viernes los preparativos para el sábado. Cuiden de que toda la ropa esté lista y que se haya cocinado todo lo que debe cocinarse, que se hayan lustrado los zapatos y tomado los baños. Es posible lograr esto. Si lo establecen como regla, pueden hacerlo. El sábado no debe destinarse a reparar ropas, a cocinar alimentos, a los placeres, o a otra ocupación mundanal. Antes de que se ponga el sol, debe ponerse a un lado todo trabajo secular, y guardarse fuera de la vista todos los periódicos de ese

carácter. Padres, expliquen a sus hijos lo que hacen y se proponen, y déjenlos participar en su preparación para guardar el sábado según el mandamiento.

Debemos cuidar celosamente las extremidades del sábado. Recordemos que cada momento es tiempo santo y consagrado. Siempre que se pueda los patronos deben dejar en libertad a sus obreros desde el viernes al mediodía hasta el principio del sábado. Denles tiempo para la preparación, con el fin de que puedan dar la bienvenida al día del Señor con espíritu tranquilo. Una conducta tal no se infligirá pérdidas, ni aún en las cosas temporales.

Hay otra obra que debe recibir atención en el día de preparación. En ese día deben ponerse a un lado todas las divergencias entre hermanos, ora sea en la familia o en la iglesia. Expúlsese del alma toda amargura, ira y malicia. Con espíritu humilde, “confesaos vuestras faltas unos a otros, y rogad los unos por los otros, para que seáis sanos” (Sant. 5:16).

Antes que empiece el sábado, tanto la mente como el cuerpo deben retraerse de los negocios mundanales. Dios puso el sábado al fin de los seis días de trabajo para que los hombres se detengan y consideren lo que han ganado en la semana en su preparación para el reino puro que no admitirá transgresor. Debemos hacer cada sábado un examen de nuestras almas para ver si la semana fenecida trajo ganancia o pérdida espiritual.

Santificar el sábado para el Señor significa salvación eterna. Dios dice: “Yo honraré a los que me honran” (1 Sam. 2:30).

El sábado en el hogar

Antes de la puesta del sol, congréguense los miembros de la familia para leer la Palabra de Dios y para cantar y orar. Se necesita una reforma en esto, porque muchos han sido remisos. Necesitamos confesarnos a Dios y unos a otros. Debemos empezar de nuevo a hacer arreglos especiales para que cada miembro de la familia sea preparado para honrar el día que Dios ha bendecido y santificado.

No se malgasten en cama las preciosas horas del sábado. El sábado de mañana, la familia debe levantarse temprano. Si se levantan tarde, hay confusión y apresuramiento en los preparativos para el desayuno y la Escuela Sabática. Hay apresuramiento, roces e impaciencia. Así entran en el hogar sentimientos profanos. El sábado, así profanado, produce cansancio, y en vez de amarse su venida se la teme.

No debemos proveer para el sábado una cantidad o variedad mayor de alimentos que para los otros días. En vez de esto, los alimentos deben ser más sencillos, y debe comerse menos, con el fin de que la mente esté clara y vigorosa para comprender las cosas espirituales. El comer demasiado nubla la mente. Se pueden oír las palabras más preciosas sin apreciarlas, debido a que la mente está turbada por un régimen impropio. Comiendo demasiado el sábado, muchos han deshonrado a Dios más de lo que piensan.

Aunque debe evitarse el cocinar en sábado, no es necesario comer alimentos fríos. En tiempo frío, caliéntese el alimento preparado el día antes. Y sean las comidas, aunque sencillas, atractivas y sabrosas. Provéase algo que sea considerado como un plato especial, algo que la familia no tiene cada día.

Tomen parte los niños en el culto de familia. Traigan todos sus Biblias, y lea cada uno de ellos uno o dos versículos.

Luego cántese algún himno familiar, seguido de oración. Para esta, Cristo ha dejado un modelo. El Padrenuestro no fue destinado a ser repetido simplemente como una fórmula, sino que es una ilustración de lo que deben ser nuestras oraciones: sencillas, fervientes y abarcadoras. En una simple petición, expresen al Señor sus necesidades, y gratitud por su misericordia. Así invitan a Jesús como vuestro huésped bienvenido en el hogar y el corazón. En la familia, las largas oraciones acerca de objetivos remotos no están en su lugar. Hacen cansadora la hora de la oración, cuando debiera ser considerada como un privilegio y una bendición. Procuren que ese momento ofrezca interés y gozo.

La Escuela Sabática y la reunión del culto ocupan sólo una parte del sábado. La parte que queda para la familia puede abarcar las más sagradas y preciosas horas del sábado. Mucho de este tiempo deben pasarlo los padres con sus hijos. En muchas familias se deja solos a los niños menores, para que se diviertan lo mejor que puedan. En tales condiciones, no tardan en volverse inquietos, empiezan a jugar y se dedican a causar perjuicios. Así el sábado no tiene para ellos significado sagrado.

Cuando el tiempo es agradable, paseen los padres con sus hijos por los campos y huertos. En medio de las cosas hermosas de la naturaleza, explíquenles por qué fue instituido el sábado. Descríbanles la gran obra creadora de Dios. Díganles que cuando la tierra salió de su mano era santa y hermosa. Cada flor, cada arbusto, cada árbol, respondía al propósito de su Creador. Todo lo que veían los ojos era hermoso y llenaba la mente de pensamientos relativos al amor de Dios. Todo sonido era música en armonía con la voz de Dios. Muéstrenles que fue el pecado lo que mancilló la obra perfecta de Dios; que las espinas y los cardos, el pesar y la muerte, son todos resultados de la

desobediencia a Dios. Invítenlos a ver cómo la tierra, aunque mancillada por la maldición del pecado, sigue revelando la bondad de Dios. Los campos verdes, los altos árboles, la alegre luz del sol, las nubes, el rocío, la quietud solemne de la noche, la gloria del cielo estrellado y la luna en su belleza, todo da testimonio del Creador. No cae una gota de lluvia ni un rayo de sol sobre nuestro mundo desagradecido, que no testifique de la tolerancia y del amor de Dios.

Háblenles del camino de la salvación; de cómo “amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Repítase la dulce historia de Belén. Preséntese a Jesús a los niños, como niño obediente a sus padres, como joven fiel y laborioso, que ayudaba a sostener la familia. Así pueden enseñarles que el Salvador conoce las pruebas, perplejidades y tentaciones, las esperanzas y los goces de los jóvenes, y que puede simpatizar con ellos y ayudarles. De vez en cuando, léanles las interesantes historias de la Biblia. Interróguenlos acerca de lo que han aprendido en la Escuela Sabática y estudien con ellos la lección del próximo sábado.

Al bajar el sol, señalen la voz de la oración y el himno de alabanza al fin de las horas sagradas, e inviten a Dios a acompañarlos con su presencia en los cuidados de la semana de trabajos.

Así pueden los padres hacer del sábado lo que debe ser: el día más gozoso de la semana. Pueden inducir a sus hijos a considerarlo como una delicia, el día superior a los demás días, santo de Jehová, honorable.

Les aconsejo, hermanos y hermanas: “Acordarte has del día del reposo, para santificarlo” [Éxo. 20:8]. Si quieren que

sus hijos observen el sábado según el mandamiento, deben enseñarles tanto por los preceptos como por el ejemplo. Nunca se borra completamente la verdad grabada profundamente en el corazón. Puede oscurecerse, pero nunca obliterarse. Las impresiones hechas en la primera parte de la vida se verán en los años ulteriores. Pueden ocurrir circunstancias que separen a los hijos de los padres y de su hogar, pero mientras vivan, la instrucción dada en la infancia y la juventud será una bendición.

Viajar en sábado

Si deseamos la bendición prometida a los obedientes, debemos observar el sábado más estrictamente. Temo que con frecuencia hagamos en ese día viajes que podrían evitarse. De acuerdo con lo que el Señor me ha comunicado acerca de la observancia del sábado, debemos ser más cuidadosos en cuanto a viajar en los barcos o coches en ese día. En este asunto, debemos dar el debido ejemplo a nuestro niños y jóvenes. Con el fin de alcanzar las iglesias que necesitan nuestra ayuda y darles el mensaje que Dios desea que oigan, puede sernos necesario viajar en sábado; pero hasta donde podamos debemos conseguir nuestros pasajes y hacer todos los arreglos necesarios en algún otro día. Cuando emprendemos un viaje, debemos hacer todo esfuerzo para evitar que nuestra llegada a destino sea en sábado.

Cuando estamos obligados a viajar en sábado, debemos tratar de evitar la compañía de aquellos que desviarían nuestra atención a los asuntos mundanales. Debemos mantenerla fija en Dios y en comunión con él. Cuando quiera que se presente la oportunidad, debemos hablar a otros acerca de la verdad. Debemos estar siempre listos para aliviar los sufrimientos y ayudar a los que están en necesidad. En tales casos, Dios desea que el conocimiento y

la sabiduría que nos ha dado sean aprovechados. Pero no debemos hablar de negocios ni dedicarnos a conversaciones comunes y mundanas. En todo tiempo y lugar, Dios requiere que le demostremos nuestra lealtad honrando el sábado.

Reuniones en sábado

Cristo dijo: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos” (Mat. 18:20). Dondequiera haya siquiera dos o tres creyentes, reúnanse en sábado para pedir al Señor el cumplimiento de su promesa.

Los pequeños grupos reunidos para adorar a Dios en su santo día, tienen derecho a pedir la rica bendición de Jehová. Deben creer que el Señor Jesús es un huésped honrado en sus asambleas. Cada verdadero adorador que santifica el sábado debe aferrarse a la promesa: “Para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico” (Éxo. 31:13).

Generalmente la predicación de nuestras reuniones del sábado debe ser corta. Debe darse a los que aman a Dios oportunidad de expresar su gratitud y adoración.

Cuando no hay predicador en la iglesia, alguno debe ser nombrado director de la reunión. Pero no es necesario que predique un sermón u ocupe gran parte del tiempo de culto. Un estudio corto e interesante de la Biblia será con frecuencia de mayor beneficio que un sermón. Puede ir seguido de una reunión de oración y testimonio.

Los que ocupan algún puesto como dirigentes de la iglesia no deben agotar sus fuerzas físicas y mentales durante la semana al punto de no poder hacer sentir la influencia vivificadora del evangelio de Cristo en la reunión del sábado. Reduzcan sus trabajos temporales diarios, pero no roben a Dios dándole en sábado un servicio que no puede

aceptar. No deben carecer de vida espiritual. Los hermanos necesitan su ayuda en sábado. Denles alimento de la Palabra. Traigan sus dones más selectos a Dios en su santo día. Dedíquenle la preciosa vida del alma en un servicio consagrado.

Nadie venga al lugar de culto para dormir. Esto no debiera verse en la casa de Dios. No se duerman cuando están empeñados en sus quehaceres temporales, porque tienen interés en sus trabajo. ¿Permitiremos que el servicio que entraña intereses eternos sea puesto en un nivel inferior al de los asuntos temporales de la vida?

Cuando lo hacemos, perdemos la bendición que el Señor quiere que tengamos. El sábado no ha de ser un día de ociosidad inútil. Tanto en el hogar como en la iglesia, debe manifestarse un espíritu de servicio. El que nos dio seis días para nuestro trabajo temporal, bendijo y santificó el séptimo día y lo puso aparte para sí. En ese día bendecirá de una manera especial a todos los que se consagren a su servicio.

Todo el cielo observa el sábado, pero no de una manera desatenta y ociosa. En ese día, cada energía del alma debe despertarse; porque ¿no hemos de encontrarnos con Dios y con Cristo nuestro Salvador? Podemos contemplarle por la fe. Él anhela refrescar y bendecir toda alma.

Cada uno debe sentir que tiene una parte que desempeñar para hacer interesantes las reuniones del sábado. No hemos de reunirnos simplemente por formalismo, sino para un intercambio de pensamientos, para relatar nuestra experiencia diaria, para expresar agradecimiento y nuestro sincero deseo de ser iluminados divinamente, para que conozcamos a Dios y a Jesucristo al cual él envió. El platicar juntos acerca de Cristo fortalecerá el alma para las pruebas y conflictos de la vida. Nunca pensemos que podemos ser

cristianos y encerrarnos, sin embargo, dentro de nosotros mismos. Cada uno es parte de la gran trama de la humanidad, y su experiencia será mayormente determinada por la experiencia de sus asociados.

No obtenemos la centésima parte de la bendición que podríamos obtener de nuestras asambleas para adorar a Dios. Nuestras facultades perceptivas necesitan ser aguzadas. La comunión de unos con otros debe alegrarnos. Con tal esperanza como la que tenemos, ¿por qué no arde en nuestro corazón el amor a Dios?

Debemos ir a toda reunión religiosa dominados por una vívida comprensión espiritual de que Dios y sus ángeles están allí, cooperando con todos los verdaderos adoradores. Al entrar en el lugar de culto, pidamos a Dios que quite todo mal de nuestro corazón. Traigamos a su casa solamente lo que él puede bendecir. Arrodillémonos delante de Dios en su templo, y consagrémosle lo suyo, lo que compró con la sangre de Cristo. Oremos por el predicador o el que dirige la reunión. Roguemos que una gran bendición venga por medio del que ha de presentar la palabra de Dios. Esforcémonos con fervor por obtener una bendición para nosotros mismos.

Dios bendecirá a todos los que se preparen así para su servicio. Ellos comprenderán lo que significa tener la seguridad del Espíritu porque recibieron a Cristo por la fe.

El lugar de culto puede ser muy humilde, pero no por eso deja el Señor de reconocerlo. Para los que adoran a Dios en espíritu y en verdad y en la belleza de la santidad, será como la puerta del cielo. El grupo de creyentes puede ser pequeño, pero a la vista de Dios es muy precioso. La verdad los sacó como piedras brutas de la cantera del mundo, y fueron llevados al taller de Dios para ser tallados y